

LAS SUCESIVAS EDIFICACIONES DE SANTA MARÍA LA MAYOR

Por RICARDO DE IZAGUIRRE (†)

El pasado viernes se cumplió el aniversario de un suceso memorable en los fastos donostiarras: el de la colocación de la primera piedra de la actual iglesia de Santa María, en 27 de abril de 1743.

Existe, al parecer, en el pueblo, una versión que explica la erección de dicho templo atribuyéndola nada menos que a los moros. A cuenta de estos y del diablo suelen cargarse remotas construcciones, como los dólmenes prehistóricos y algunas obras romanas, para obviar la carencia de datos positivos, o, mejor dicho, el desconocimiento de cuanto rodeó a su levantamiento. Pero atribuir esta explicación a una edificación del más neto churriguerismo, nos hace suponer sea un argumento vulgar reciente, no fruto de la tradición. A lo sumo será extensión a esta localidad de creencia de oriundez extraña a ella.

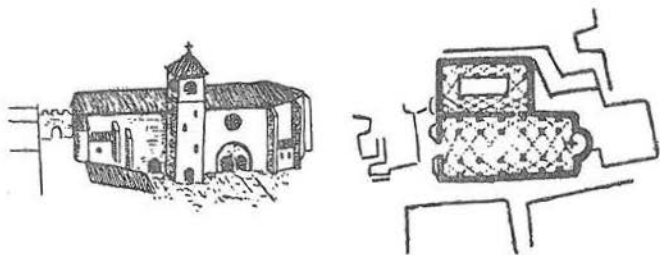
Nada nos permite atribuir a la iglesia de Santa María un punto inicial anterior a fines del siglo oncenno. Vargas Ponce lleva aquél hasta el año 1014, inducido a error por la interpolación del documento de la "Donación a Leire".

La primera edificación, que debió existir ya en 1150 —y al que, sin duda, se refiere en el capítulo "De Marito", el Fuero de Sancho el Sabio— fue naturalmente románica. Contaba de tres naves estrechas, a la izquierda de las cuales se dibujaba un claustro, pues sabido es que las parroquias cantábricas tuvieron una organización análoga a las Colegiatas, donde los clérigos vivían en comunidad. Todavía a principios del siglo XVIII, todas las madrugadas, al amanecer, se cantaban maitines, como en un templo conventual.

El fuego acabó con esta primitiva construcción. Un 30 de junio, el de 1278, en la casa llamada "Ichaspe", sita en la calle de la Zurriola, se declaró un violento incendio, que con rapidez se propagó a la villa entera, no salvándose, al parecer, ni la iglesia de Santa María, pues consta que su portada se derrumbó.

En la restauración de lo destruído por esta catástrofe debió emprenderse la construcción del templo, que Camino dice se fabricó en el siglo XIII o en el XIV.

Era de estilo gótico, con triforio, semejante al de la parroquia



de Santiago, de Bilbao. Persiste el claustro anterior, donde se alzan varios altares, entre ellos uno dedicado a Santa Marta y otro a Santa Catalina. En éste puso, a fines del siglo XVI, cátedra para enseñanza de los pilotos y gente de mar al famoso cosmógrafo Licenciado Poza, que vino procedente de Bilbao.

Dos documentos gráficos tenemos para formarnos una idea de lo que fue esta iglesia gótica de Santa María: los planos de San Sebastián de 1552 y de 1728. Son, respectivamente, un alzado y una planta de aquélla.

Por muchos detalles del conjunto, que atestiguan cierta fidelidad de copia, creemos que el primero —sin concederle valor de exactitud matemática— puede servir para formarnos una idea de lo que fue Santa María a fines de la Edad Media.

El segundo, uno de los mejores planos levantados de San Sebastián, presenta la particularidad de reproducir las plantas de los templos donostiarros con la proyección de la crucería de sus bóvedas. Es trabajo minucioso y, podría asegurarse, exacto.

Pues bien, ocurre que, al comparar ambos documentos iconográficos, se aprecia entre ellos una notable diferencia. Aquél nos

muestra la portada de la iglesia, bajo el gótico rosetón, enfrentada hacia el Sur. Flanqueábala una torre cuadrada rematada por un campanario.

Por el contrario, el plano de 1728 no señala puerta alguna de la iglesia hacia el Sur, sino hacia occidente. La torre cuadrada ha desaparecido. Han transcurrido de uno a otro 176 años.

Observándolo con más detenimiento, se ve que donde se alzaba la torre se dibuja un ángulo de la fachada meridional, resultando de la línea general de la misma. Parece como si, condenando la portalada anterior, se hubiera prolongado el templo, continuando la fachada de la torre hasta la rasante del claustro.

Mi entrañable amigo el malogrado arquitecto donostiarra Antonio Cortázar llevó a cabo, al terminar su carrea, un estudio acerca de la iglesia de Santa María, que permanece inédito. Es una acabada recopilación de datos concernientes a dicho templo, con una detallada descripción técnica de la construcción dieciochesca.

Una de las noticias en él recogidas dice: "Tuvo una portada principal, proyectada en 1610 por Pedro de Zaldúa, compuesta de dos cuerpos jónicos, con seis columnas cada una, habiendo terminado la obra, en el plazo de un año, Pascual de Yura, habiendo costado la obra 29.264 reales de vellón, o sea unas 7.316 pesetas".

Es este un dato que viene a confirmar el traslado de la portada principal entre las indicadas fechas.

Otros dos más vienen a revelar que en los últimos años del siglo XVI y primeros de la centuria siguiente no se limitaron las obras a la portada. El mismo Zaldúa dirigió la construcción de un púlpito, y en el Cuaderno de extractos de acuerdos municipales, consta que las Cofradías del Santísimo Sacramento, de la Vera Cruz y de la Misericordia, por orden del señor obispo, prestaron en 1594, a título de devolución, la cantidad de 950 ducados para la obra del crucero de la iglesia parroquial de Santa María.

Estas noticias referentes a trabajos realizados entre las dos fechas podrían explicar las diferencias entre los planos mencionados. Las reformas parecen ser de tal envergadura, que bien pueden considerarse como una nueva restauración del templo.

Poco después de estas reformas, en 1615, visitó con gran pompa la iglesia Felipe III, aprovechando una breve estancia del mo-

narca en esta población. Acompañábale a la sazón, su hija Ana, futura reina de Francia. En esta visita fue cuando el Vicario obsequió al regio huésped con un vestido de la Virgen del Coro.

Déjese ya de persistir, por tanto, en explicar el origen de esta imagen, alegando que fue traída de Coro, ciudad de Venezuela, por la Compañía de Caracas, que no se fundó hasta un siglo después. Lo que esta entidad hizo fue costear la restauración de la parroquia, en cuya feligresía radicaban sus dependencias.

El claustro llegó a ser inadecuado, la capacidad del templo exigua. Se hicieron precisas nuevas reformas. El cacao estibado en los navíos de la Compañía de Caracas contribuyó a ello. Merced al chocolate se pudo levantar la iglesia matriz que hoy contemplamos.

Se derribó la vieja construcción, arrugada con ancianidad de cuatro siglos. Tan sólo se salvó de la demolición un trozo del antiguo claustro, donde se alzaba la capilla de Santa Marta. Con el foso que, ya anteriormente, llenaba ese destino, sirvió y sirve para evitar que la humedad del monte rezumara por las paredes del templo.

Junto al muro de la nave, aún hoy día llamada "Santa Marta", se levantó otra capilla de Santa Catalina, traslación de aquella que, en el claustro, utilizó como cátedra Poza, para vulgarizar su ciencia cosmográfica.

Al trasladar el atrio a la fachada meridional, fue menester retirar ésta algo para dejar ante la prominente portada amplio espacio. Esta modificación se aprecia comparando el plano de 1728, con el de Tofiño, de 1780, y el de Ugartemendía, de 1813. Además, ha sido comprobada, no hace muchos años, cuando, en unas obras de saneamiento de la ciudad, se descubrió, en lo que hoy es atrio de la misma, las cimentaciones de los anteriores templos.

Lo que antecede no es más que el esbozo que de las sucesivas edificaciones de Santa María puede hacerse con los datos suministrados por algunas de las fuentes impresas de la historia donostiarra. Quedan los papeles del pequeño archivo parroquial para rectificar o ampliar cuanto antecede.

El Pueblo Vasco, 1 mayo 1934.